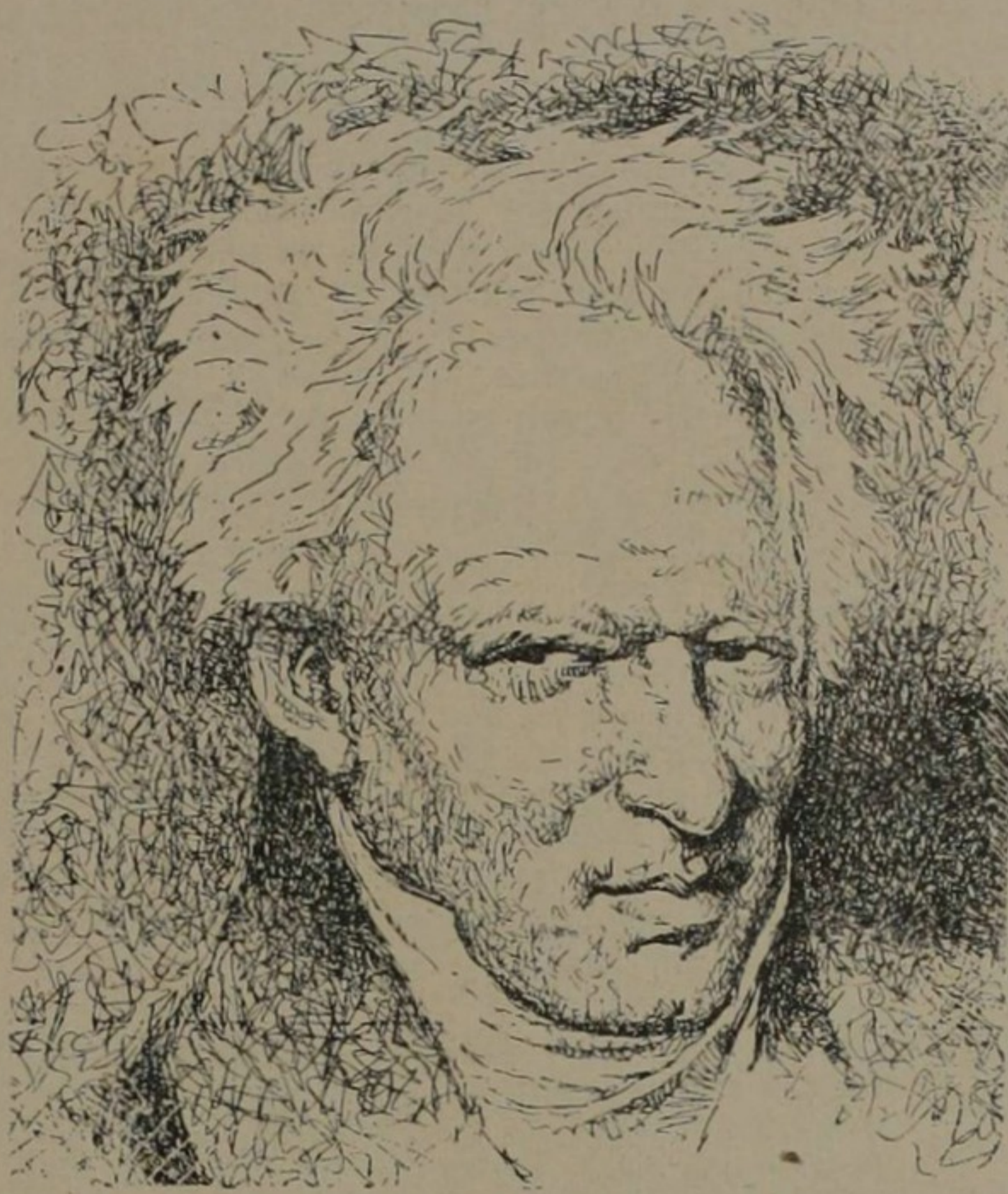


fué la brillante carrera de Bolívar, a poco de habernos separado, cuando dejé a París para seguir a Italia. La actividad, talento y gloria de este grande hombre me hicieron recordar sus raptos de entusiasmo, cuando juntos uníamos nuestros votos por la emancipación de la América española. Me había parecido, por el estudio que había hecho de los diversos círculos de la sociedad americana, que si en algún lugar podía surgir un hombre capaz de afrontar la revolución, era en Nueva Granada, que había dado manifestaciones a fines del último siglo, y cuyas tendencias no me eran desconocidas. Mi compañero Bonpland fué más sagaz que yo, pues desde muy al principio juzgó favorablemente a Bolívar, y aun le estimulaba delante de mí. Recuerdo que una mañana me escribió diciéndome que Bolívar le había comunicado los proyectos que le animaban respecto de la independencia de Venezuela, y que no sería extraño que los llevara a remate, pues tenía de su joven amigo la opinión más favorable. Me pareció entonces que Bonpland también deliraba. El delirante no era él sino yo, que muy tarde vine a comprender mi error respecto del grande hombre, cuyos hechos admiro, cuya amistad me fué honrosa, cuya gloria pertenece al mundo» (1).

He aquí a Humboldt, *el genio de los descubrimientos*, como le llamó Víctor Hugo, rindiendo homenaje póstumo al genio de la libertad de América.

Boussingault nos dejó este retrato íntimo del sabio francófilo y demócrata, tildado de ateísmo, del «gato enciclopédico», como se le llamaba en París:

«Vivía en el muelle Napoleón, cuarto piso (muelle de la Escuela, número 26), en un cuarto con vista hacia el Sena, casi en frente de la Moneda. Tenía cincuenta y cinco años. Su estatura era mediana; tenía los cabellos blancos, la mirada indefinible y la fisonomía viva



Humboldt

y espiritual. Estaba un poco picado de viruelas, enfermedad que contrajo en Cartagena de Indias. Tenía una parálisis del brazo derecho, como consecuencia de la afección reumática que contrajo por dormir sobre un lecho de hojas húmedas en las riberas del Orinoco. Cuando quería escribir o dar la mano, tenía que levantar con la izquierda el antebrazo paralizado, a la altura necesaria. Su traje era del corte que se usaba en la época del Directorio: casaca azul con botones amarillos, chaleco amarillo, pantalón rayado, botas con vuelta —las únicas que había en París hacia 1821,— corbata blanca y sombrero hecho con lástima.

«Creía encontrar al chambelán del rey de Prusia en una habitación espléndida, y fué, por lo mismo, grande mi sorpresa cuando entré a la casa del célebre viajero. Trabajaba en una alcoba pequeña,

que tenía una cama sin cortinas, cuatro sillas de paja y una gran mesa de pino, en la que escribía. Toda la tabla de la mesa estaba cubierta de cálculos numéricos y de logaritmos. Cuando ya no había espacio para una sola cifra, venía el carpintero y pasaba una garlopa. No tenía libros, o apenas uno que otro, como las *Tablas* de Callet y el *Conocimiento de los tiempos*.

«Comía en los *Hermanos provenzales*. Por las mañanas pasaba siempre una o dos horas en el café de Foy, y se dormía allí después del almuerzo» (1).

Humboldt tuvo el honor de haber sido leído con entusiasmo por Napoleón en aquellos días de la Malmaison que siguieron al desastre de Waterloo.

Cuando el emperador se encontraba solo continuaba la lectura de un libro de Alejandro de Humboldt: *Los Viajes a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Su imaginación le transportaba a América. Soñaba en seguir las huellas del ilustre sabio, en ocuparse en grandes trabajos científicos. Con Monje

hablaba de sus proyectos: «Necesito un compañero que me ponga rápidamente al corriente del estado actual de las ciencias: luego recorreremos juntos el Nuevo Mundo, desde el Canadá hasta el Cabo de Hornos, y en este inmenso viaje estudiaremos todos los grandes fenómenos de la física del globo. Monje amaba profundamente a Napoleón, y decía que jamás en el trono, a la cabeza de los ejércitos, le había parecido tan grande, tan digno de admiración como en aquel momento en que derribado por la suerte se erguía para empezar una nueva vida» (2).

(1) Cf. sobre Humboldt: ARISTIDES ROJAS, *Recuerdos de Humboldt*. Puerto Cabello, 1874.—T. E. HAMY, *Lettres américaines d'Alex de Humboldt*. París, 1909.—ALEX DE HUMBOLDT, *Correspondance scientifique et littéraire*. París, 1865-69.

(2) PEYRUSSE, *Mémoires et Archives*. (Citado por Houssaye, 1815, pág. 215).

(1) Centenario de Bolívar. Bogotá, 1883.

Cornelio Hispano

Carta a Vasconcelos después de las elecciones mexicanas

Querido Maestro:—Numerosos admiradores suyos de América y de Europa, que me saben en correspondencia con usted, me piden que le escriba para expresarle una vez más, la simpatía que le profesamos todos, y con qué ansiedad se le siguió en las peripecias de lo que usted mismo ha de nominado, su «aventura presidencial».

Bien sé yo, que las presentes líneas llegarán a su destino después del Domingo 17 de Noviembre, fecha histórica en que el pueblo mexicano acudirá a las urnas para sellar su voluntad: Pacto de libertad para las conciencias honestas y fardos de cadenas y de oprobios para los crápulas y los lacayos.

Esta carta, pues, por más rápidamente

que navegue, llegará con retraso a su poder. ¡No importa! Lo que queríamos manifestarle antes, y ya lo han dicho a su tiempo voces doctas (¿No es verdad, Gabriela Mistral, Manuel Ugarte, Max Grillo, Francisco García Calderón?), podemos repetirlo hoy sin aguardar los resultados de los comicios. No buscamos oportunidad, ni intentamos, yendo al encuentro de los acontecimientos, glosar una victoria ni atenuar una derrota. Nos limitamos a ser los amigos de siempre: Los que le saludaron en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en el Perú, en

Montevideo; los que le aplaudieron en Puerto Rico, en la Habana, en Santo Domingo, en el Brasil; los que lo aprecian en Colombia y le leen semana a semana, en las columnas vastas de *El Tiempo* de Bogotá. El lector anónimo de sus obras que le vió desembarcar un día en un puerto de la raza, y el otro, los otros, el colega, los discípulos que le estrecharon la mano para darle la bienvenida, se unen hoy en un mismo sentimiento de cordial devoción, y sea cual fuese el saldo definitivo de este torneo electoral, estamos con usted, ahora más que nunca. Usted no necesita el lauro plebiscitario para descollar en el corazón de los hombres lucidos. Ya alguien de nosotros